

# EL DEBER DE AMÉRICA

POR JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

(Leído en una velada del Comité de Damas pro-Santo Domingo, en la ciudad de New York)

Amazonas gentiles de la raza indo-hispana  
que en estas soledades sois la alegre campana  
que repica en las fiestas de la resurrección,  
yo os saludo y os rindo mi lírico homenaje  
y pongo en vuestras manos el fraternal mensaje  
de otras gentes que viven vuestra misma ilusión.

La América española que apellidan latina,  
y que yo llamaría la América Divina  
por su temperamento cálido y soñador,  
hace tiempo que pasa sus noches intranquilas,  
clavadas en el Norte brumoso las pupilas  
entre las epilepsias de un inmenso terror.

Y ese terror gratuito, que es mengua de la raza  
más heroica que nunca tuvo en el mundo plaza,  
tiene su origen en una fatal incompreensión  
de las fuerzas vibrantes que la América encierra,  
fuerzas que se debaten, ociosas, en la guerra  
fratricida, que ha sido nuestro eterno baldón.

No es cierto que inferiores en el esfuerzo sean  
nuestros pueblos a esotros que arrogantes pelean  
la lucha diaria, armados de infatigable afán;  
no es cierto que la sangre tropical adormida  
carezca de aptitudes para vivir la vida  
del derecho que es honra, del decoro que es pan.

Nuestros trabajadores venidos a este suelo  
dan en todos los campos donde ponen su anhelo  
muestras insospechables de una rara aptitud;  
tanto, que si tuvieran la sórdida codicia  
que almacena caudales en arcas de injusticia,  
acaso más pujante que el Norte fuera el Sud.

Lo que nos hace falta para ser pueblos sanos  
es elevar la lucha de pequeños gusanos  
en que nos debatimos, a un plano superior;  
inteligencia habemos, corazón y energía,  
tenemos arrogancia, no tenemos porfía,  
nos faltan entusiasmos y nos sobra valor.

Los políticos, esos que en la túnica santa  
de la Patria han jugado con cinismo que espanta  
la vida de sus pueblos — la vida es el honor —,  
son de nuestras desgracias los únicos culpables;  
ellos son en la Historia los grandes responsables  
de haber hecho senderos para el conquistador.

Cuando el deber se yerga sobre tanta vileza  
y en el suelo de América la vencida nobleza  
recobre al fin los fueros de su hermoso poder,

la casta del político, ya desaparecida,  
sólo será un recuerdo penoso de otra vida  
que pasó como un vértigo para nunca volver.

El deber de esta América que habla en lengua española  
está escrito en las tablas de una ley, de una sola  
ley que es alma y compendio de prolífica acción:  
mantener su dominio limpio de tiranía  
y alzar la alta conciencia de su soberanía  
frente a las amenazas de la extraña agresión.

Ya no son lo que fueron los Estados Unidos,  
en todas nuestras tierras largamente temidos  
por su inexcusable y ultrajante expansión;  
maniatada su fuerza por otra fuerza interna  
que es grande y poderosa, que es justa y es eterna,  
sufrir todos los síntomas de la disolución.

Porque todos los pueblos que a la gigante hoguera  
del viejo mundo fueron, por convicción sincera  
o por negocio, traen el fuego vengador,  
y en sus propios incendios irán cayendo todos,  
en diferentes épocas, de diferentes modos,  
mientras rugen en torno los vientos del dolor.

La hora que el destino marca a los despotismos  
—llámense cacicazgos, llámense imperialismos—  
es para nuestros pueblos hora de redención;  
limpiemos de sus manchas nuestras lindas banderas  
y hagamos que florezcan en dulces primaveras  
todos nuestros anhelos en un solo pendón;

No por la vieja senda de las revoluciones  
que cual los despotismos brutales, son turbiones  
que arrasan los cultivos de nuestra dignidad;  
no por las algaradas que son virtud y vicio,  
sí por las enseñanzas de un hondo sacrificio  
que es el mejor cimiento para la libertad.

Esta labor no es obra de místicos ni locos,  
esta labor es obra de unos pocos, muy pocos  
hombres de pensamiento, de decoro y de acción  
que con la hoz cortante del Derecho en las manos,  
siguen las oprobiosas vidas de los tiranos  
que mantienen los pueblos en la desolación.

Y así que nuestra América su deber de esta hora  
cumpla, en la propia lengua jubilosa y sonora  
que heredó del bizarro combatiente español,  
podrá decir al mundo con gallarda ufanía  
que en los vastos dominios de su soberanía  
—por siempre respetados— nunca se pone el sol.

vidos por la competencia y la honradez  
acrisolada y no por hombres rechazados  
por la conciencia pública.

## *Cómo se engaña a los pueblos.*

PRODUCE inmensa pena ver como  
en provincias, y en las aldeas y en  
los más pequeños lugares, se explota  
mañosa, artera y vilmente la buena fe  
política de los humildes luchadores, de  
los leales adeptos, de los hombres  
buenos y laboriosos que no conocen  
del poder otros gajes que los del sacrificio,  
y a quienes, sin embargo, se  
hace servir de sustentáculo del pecu-

lado y de la explotación sistemática  
del tesoro público en una forma u  
otra. Apoderarse del organismo oficial  
para hacerlo servir a sus pasiones reac-  
cionarias y a sus apetitos voraces es el  
esfuerzo diario de aquel Proteo polí-

## ROGAMOS

a los suscritores de provincias que nos  
indiquen el cambio de residencia en estos  
meses de verano. Con ello nos ahorran  
muchos números que, extraviados, suelen  
perderse. Tiempo y dinero y reclamamos fu-  
turos nos ahorran con la atención que les  
pedimos.

tico que si vuelve a adueñarse de la  
cosa pública dará al traste con todo,  
sin esperanza de reacción favorable  
para nuestros principios. Muchos es-  
tadistas, muchos oradores insignes,  
notables abogados, veteranos de la  
lucha cívica, son un peso muerto hoy  
para la marcha del partido. No hablan,  
no contribuyen para la vida política  
en forma distinta de su adhesión es-  
truendosa al que triunfe. ¡Cuánto bien  
podrían hacer a la República y a su  
partido si tuvieran la independencia de  
carácter de que les dan ejemplo de  
vez en cuando algunos camaradas!

(El Día, Barranquilla).